

## Aberystwyth University

### *Palabras liminares sobre la medicina*

Goñi Pérez, José Manuel

*Published in:*

Siglo Diecinueve (Literatura hispánica)

*Publication date:*

2018

*Citation for published version (APA):*

Goñi Pérez, J. M. (2018). Palabras liminares sobre la medicina: Disquisiciones y representaciones deomonónicas. *Siglo Diecinueve (Literatura hispánica)*, 24, 117-132.

#### **General rights**

Copyright and moral rights for the publications made accessible in the Aberystwyth Research Portal (the Institutional Repository) are retained by the authors and/or other copyright owners and it is a condition of accessing publications that users recognise and abide by the legal requirements associated with these rights.

- Users may download and print one copy of any publication from the Aberystwyth Research Portal for the purpose of private study or research.
- You may not further distribute the material or use it for any profit-making activity or commercial gain
- You may freely distribute the URL identifying the publication in the Aberystwyth Research Portal

#### **Take down policy**

If you believe that this document breaches copyright please contact us providing details, and we will remove access to the work immediately and investigate your claim.

tel: +44 1970 62 2400  
email: [is@aber.ac.uk](mailto:is@aber.ac.uk)

# Siglo diecinueve

(Literatura hispánica)

***Siglo diecinueve (literatura hispánica)***

**Siglas:** *SDiec*

**Temática:** Revista de investigación sobre la literatura y cultura española e hispanoamericana del s. XIX. Los trabajos se admiten en español e inglés. *Siglo diecinueve* se publica anualmente en enero de cada año. **Sistema de arbitraje:** cada artículo es evaluado en primera instancia por el Comité Editorial quien tras la idoneidad del mismo es evaluado de forma anónima por dos especialistas en la materia. Se requiere que los dos informes de evaluación sean positivos para la publicación del artículo. **Plazos:** El tiempo desde la recepción del artículo hasta la decisión sobre la idoneidad académica del mismo es de 30 días hábiles. La publicación del artículo se realizará un año después, como máximo, desde de la fecha de su aceptación. El plazo máximo para el envío de artículos es el 1 de octubre de cada año. El Comité Editorial de *Siglo diecinueve* acepta propuestas para coordinar el monográfico de cada volumen. **Envío:** El envío de artículos y propuestas para el monográfico se debe realizar electrónicamente a la siguiente dirección: siglodiecinueve1995@gmail.com.

Para comprobar el procedimiento de envío, formato, normas de edición y modelo de propuesta de monográficos, debe consultarse la página de la revista <http://revista.ahsxix.com>.

Para suscribirse a *Siglo diecinueve* contactar a [cuc@universitascastellae.com](mailto:cuc@universitascastellae.com) o [siglodiecinueve1995@gmail.com](mailto:siglodiecinueve1995@gmail.com).

# Siglo diecinueve

(Literatura hispánica)



N.º 24 - 2018

Fotomecánica: Universitas Castellae  
Imprime: Universitas Castellae  
Depósito Legal: VA.653-1995  
Valladolid 2018

SECCIÓN MONOGRÁFICA:

MEDICINA Y LITERATURA  
EN EL MUNDO HISPÁNICO

(Coordinado por José Manuel Goñi Pérez)



# PALABRAS LIMINARES SOBRE LA MEDICINA: DISQUISICIONES Y REPRESENTACIONES DECIMONÓNICAS



*José Manuel Goñi Pérez*  
Aberystwyth University

Uno de los temas que paulatinamente van suscitando harto interés en los estudios decimonónicos, y que en líneas generales ha sido objeto de menor atención por parte de la crítica –como Michael Stannard postula, incluso sobre escritores de la talla de Galdós (2013; 2015)–, es la relación entre la medicina y la literatura, tanto desde el punto de vista de los médicos que vieron en la literatura una forma de concienciación social sobre la importancia de las nuevas prácticas médicas o la oportunidad de inculcar los discursos científicistas en auge, como desde el punto de vista de un grupo de escritores –realistas y naturalistas, los más afines a las nuevas prácticas científicas en boga que les proporcionarían elementos semejantes entre el universo ficcional creado y el universo social vivido de los lectores. La interrelación de estos dos universos fue crucial en la aparición de la gran novela nacional en la década de los 70. Aun así, es menester indicar que la visión que tuvieron muchos de los escritores realistas reflejó de forma dispar la relación entre la medicina y la sociedad decimonónica. Si obviar los avances médicos, su influencia en la toma de decisiones políticas, los discursos públicos con los que concienciar a la sociedad o la creación de revistas de vulgarización científica, sería erróneo –pues los esfuerzos fueron muchos y de gran calado–; también sería erróneo obviar la visión excesivamente positiva y en cierta medida idealizada de algunos escritores, como la galdosiana, sobre una profesión que dejaba a las claras, en relación a los avances, prácticas y políticas foráneas, la dilación de medidas que hubiesen aupado a la medicina tanto desde las universidades, las páginas de la prensa, los ateneos, y los despachos gubernamentales a un desarrollo médico-social equiparable al llevado a cabo en otros países. De entre esa idealización de la profesión médica Galdós fue uno de esos escritores





que, como Michael Stannard (“Maximiliano” 97) ha puesto de manifiesto, retrató a más de 50 médicos en su narrativa, casi todos ellos de forma positiva. En 1889 Galdós daría cuenta de esa admiración que profesaba a la profesión médica en la carta-prólogo al libro *Niñerías*:

Ciertamente, tienes tú más de literato que yo de médico; pero tu amor a las letras no excede a la pasión que a mí me inspira la noble ciencia que ejerces, pasión silenciosa, resignada, como esos noviazgos platónicos y desiguales en que el galán se pasa la vida mirando de lejos a la que cree novia, haciéndole alguna tímida seña, mas sin atreverse a pretenderla en matrimonio, y echándose a temblar si por acaso tiene que dirigirle la palabra. (II)

[...]

Me concreto a decirte que admiré siempre la especialidad profesional que has escogido, porque cuidar a los pequeñuelos enfermos me parece la mayor gloria y la dificultad más grande de esa ciencia experimental y caritativa, que al erigirse en profesión, por la paciencia y valor que exige, por la rudeza del trabajo, y su contacto tristísimo con la miseria humana, viene a convertirse en una especie de caballería entre científica y religiosa. Como tal la tengo, y los que militan en ella parecenme tanto más dignos de encomio cuanto más desvalido, más indócil y más rebelde a los medios terapéuticos se manifiesta el ser a cuyo cuidado se consagran. Para atender al niño enfermo y defenderle de la muerte, que le acecha en la cuna, en los juegos infantiles, en la escuela misma, se necesitan mayor abnegación y solicitud que para cuidarnos a nosotros, los adultos, que ayudamos la acción médica con nuestro propio discernimiento. El médico de niños no cumplirá bien su objeto si a la ciencia no reúne la ternura, y eso que llaman *ángel*, o don misterioso de ganar confianzas; si no maneja el arte exquisito de endulzar los bordes del vaso para hacer tragar sin resistencia los amargores que contiene. (III-IV)

Si la prensa española desde mediados del siglo XIX denostaba a Francia por su falta de moralidad en el arte y en lo social, las Facultades de ciencias, con loables excepciones, se habían convertido en auténticos centros de traducción científica del francés, alejadas por falta de recursos de los niveles de investigación llevados a cabo en la misma Francia, en el Reino Unido o en incipientes potencias como Estados Unidos o Prusia. Algunos escritores, como fuera el caso de Peregrín García

Cadena (1873), ponderarían la mala imagen que del médico se tenía, incidiendo este autor en uno de sus cuentos publicados en la prensa ilustrada en el carácter negativo del positivismo y el materialismo: “[...] era un médico sin clientela, que quería ser diputado para defender los intereses de la clase, procediendo por rigurosa síntesis; esto es, satisfaciendo en su persona las necesidades y los deseos de sus compañeros” (62). En una de las reseñas críticas sobre *La Fe* de Palacio Valdés el Bachiller Alonso ejemplificará con lo que era ya a finales del siglo XIX una constante, “la del médico materialista”



*La Fe* de Palacio Valdés no es la fe del creyente; es la fe tal como se la figura un escéptico, o como si dijéramos, la luz descrita por un ciego de nacimiento. Decía un médico materialista: «Por más que busco el alma en los cadáveres, no la encuentro.» Y le repuso otro médico: «¿Pero no sabes que el cadáver es un cuerpo sin alma?» La inteligencia del escéptico, en punto a la fe, es un cadáver. Y en su propio cadáver ha querido Palacio Valdés sorprender el alma que ya por desgracia no existía allí... Pero sea lo que quiera, el hecho es que Palacio Valdés ataca el dogma, y sin embargo pasa por imparcial a los ojos de la crítica al uso. Lo cual demuestra que esa crítica es esencialmente racionalista, y que los católicos no debemos hacerle ningún caso. (26-27)

Si Galdós muestra en sus trabajos un inusitado conocimiento de la medicina (Stannard, “Maximiliano” 97), destacados serían asimismo los juegos subyacentes con la homeopatía que expresara con su habitual ironía Clarín en *Su único hijo* (1890) al enjuiciar tanto a aquellos médicos de antaño que con su erróneo diagnóstico “habían condenado para siempre a la esterilidad” (438) a Emma Valcárcel, como a esos otros de saber homeopático de base vitalista, en constante conflicto con la alopatía, a la que acusaban de materialista. Como con gran acierto comenta Baquero Goyanes, la práctica homeópata de Don Basilio Aguado “es presentada como sistema curativo en boga” (59). Pues Bonis “*En suma*, respetaba en el Sr. Aguado la ciencia oculta, al favorito de su mujer, al homeópata y al partero que él había soñado cuando había *acariciado la esperanza* de tener un chiquillo” (302). Aun así, con esa ironía clariniana, Bonis:

que siempre había defendido a los tocólogos de la ciudad y atacaba con dureza la fama milagrosa del gran comadrón, al ver entrar a éste se sintió contaminado de la fe general.



Que perdonaran la ciencia y el señor Aguado... pero él también se sentía lleno de confianza en presencia de aquel ignorante tan *práctico*, por más que un día lejano le había condenado a él falsamente a la esterilidad de su mujer. Aquél era el falso profeta que le había arrancado la esperanza de ser padre, a llegar a la dignidad que le parecía más alta. Fuera como quiera, don Venancio entró, como siempre, dando gritos; riñendo, declarando que no respondía de nada porque se le llamaba tarde. (471-472)

Del médico, Don Basilio Aguado, comenta Clarín:

[...] era homeópata y muy sentimental; a pesar de la homeopatía, que profesaba acaso por moda y para el vulgo de las damas, era especialista en partos y en enfermedades de la matriz y de la mala educación de las señoritas y señoras que las hacía aprensivas, antojadizas, caprichosas. Reconocía ante las damas la eficacia terapéutica de la fe y de los cuarterones de aceite ardiendo en los altares; pero en cambio exigía que se diese crédito a los misterios de sus glóbulos. Creía, o decía creer mucho, en la influencia de lo *moral sobre lo orgánico*, y tenía una sonrisa singular, melancólica, de resignación e inteligencia, para comunicar con las señoras guapas esta su creencia. (298-299)

[...]

—Es necesario que vayamos a la raíz del mal. El mal está dentro, en lo que llamamos el espíritu, porque advierto a ustedes (y esto lo dijo volviéndose a Bonis, para deslumbrarle y vengarse) que soy vitalista, y no sólo vitalista, sino espiritualista, aunque no es esa la moda reinante. (306) [...] —El mal está en el espíritu, y el espíritu no se cura con pócimas —prosiguió don Basilio. —¿Pero no dice usted que esto es histórico? —preguntó Emma sonriendo. —Sí, señora; pero hay relaciones misteriosas entre el alma y el cuerpo [...]. (307)

El carácter misterioso y sobrenatural de los vitalistas fue ya materia de crítica por parte de, entre otros, Claude Bernard (117). Un repaso a la bibliografía médica, a los manuales de homeopatía para uso de las familias, y las refutaciones publicadas ya desde la década de los 40 demuestran que el conflicto entre homeópatas y alópatas fue una constante durante todo el siglo decimonono. Las críticas a los homeópatas llevaron a los médicos tradicionalistas a identificarlos con el diablo, como bien se expresa en esta zurrribanda de 1846:

No fue este mandato vano  
 Hanheman con fuego interno  
 acecha desde su infierno  
 a todo género humano.

Sus más certeras miradas  
 hacia la Europa dirige  
 por ver si al cabo corrige  
 ver su *similias* usadas.

En vano con ansia loca  
 espera meses y años  
 solo advierte desengaños  
 si nueva lucha provoca.

Y torna con nuevo afán,  
 con el aran de un demonio,  
 pero al fin es tan bolonio  
 como cualquier alemán.

Si con soberbia arrogancia  
 muchos tontos parlanchines,  
 le aclaman con malos fines  
 en la España y en la Francia.

Es un sarcasmo no más,  
 una irrisión a estos necios,  
 que solo alcanzan desprecios  
 mas clientela... jamás.

Por vengar rabiosa saña  
 dan un periódico hoy día  
 titulado: HOMEOPATÍA,  
 los Homeópatas de España.

¡Abajo intrusos! afuera  
 el moderno extranjerismo!  
 no queremos *dinamismo*,  
 ciencia que es una quimera.

Porque a nadie le acomoda  
 medicinar con tal arte;  
 ¡con la música a otra parte  
 vayan, pues, los de la moda!

Preciso es que sea beodo  
 el que eren en globulillos  
 que hacen doctores Castillos  
 con nuevo y secreto modo.

Divididas en millones,  
 a precios muy moderados  
 en la calle de Preciados  
 se venden las *diluciones*

¡Diluciones! qué expresión  
 tan moderna y tan bonita  
 Jesús, el diablo me incita  
 a inclinarme a su opinión. [...]

Pasó el tiempo de los vándalos  
 y vino el de los estólidos,  
 que en el teatro de Hipócrates  
 aparecen nuevos cómicos.

Los siglos en ciencias rápidos  
 dan margen a los periódicos,  
 que con oropel estúpido  
 desprecian hasta lo lógico.

Y con sañudos artículos  
 que a cualquiera causan cólicos  
 conmueven todos los ánimos  
 que no son fuertes y sólidos.

¡El siglo de las tarántulas!...  
 piedad para los católicos,  
 que con partes millonésimas  
 amenazan nuestro estómago.

(*El Diablo-Homeópata*)



Los opúsculos de los homeópatas en los que intentaban defenderse de los vituperios de los alópatas se acentuaron desde



la década de los 50; intentaban así paliar los furibundos ataques de aquellos que apelaban al “sentido común” en la medicina, acusando de exceso de imaginación a aquellos médicos que interpretaban libremente las disquisiciones de Hahnemann (Rapou, 1860; Núñez, 1862; Gualberto, 1865; Tejedor, 1866; Pellicer, 1868). Zoilo Pérez y García contestaría de forma vehemente en 1865 a las acusaciones del opúsculo alopático firmado por Tomás Santero y Moreno, y José Calvo y Martín; un Tomás Santero que ya en 1845 decía de la homeopatía que “en el transcurso de muchos años, ni ha podido extender su influjo en la práctica, ni sostener los órganos que en la prensa ha tomado con que hacer oír sus voces perdidas en la sima del menosprecio, ni formar una academia en que profesores de algún valer adoptasen sus principios, ni asegurar una reputación notoria que echase sobre sí la responsabilidad de su triunfo” (9). A pesar de estos virulentos ataques, un repaso a la prensa, así como a las publicaciones, demuestra que la homeopatía que si bien no gozó de la credibilidad pretendida –“Homeopato-manía” la llama Martínez Fernández en 1851–, sí tuvo un importante impacto social, como bien demuestran las publicaciones periódicas especializadas tales como *La Gaceta Homeopática*, *La reforma médica*, *El Criterio médico* o las publicaciones de la *Sociedad Hahnemanniana Matritense* y los *Anales de la medicina homeopática*; los interesantes y debatidos juicios que su práctica acarreo (Frau, 1850), la defensa de la homeopatía como tratamiento del cólera asiático (Torres Villanueva 1848), el cólera epidémico (Pío Hernández, 1854), o el estudio de Crucent *El cólera, la homeopatía y la alopatía; o sea, reglas higiénicas, profilácticas y curativas* (1850), por poner algunos ejemplos.

Las enfermedades epidémicas como la peste, la fiebre amarilla o el cólera, o las enfermedades infectocontagiosas como la tuberculosis, el paludismo, el Crup, la fiebre tifoidea, el sarampión o la difteria, alentadas en muchos casos por el hacinamiento del proletariado en las zonas industrializadas produjo que fuese aún más necesaria la difusión social de las medidas preventivas, que en muchos lugares de España se realizó también a través de las *Cartillas higiénicas*. Sobre la quinta pandemia, la del cólera morbo entre 1881 y 1886 (González Valdés) y que afectó de forma ostensible a España, José Zorrilla en carta fechada el 8 de octubre de 1884 daba los siguientes remedios:

El evitar el cólera no estriba más que en tener higiene y no hacer desatinos; comer carne y beber vino bueno, sin exceso; porque el vigor en la vitalidad resiste a todas las enfermedades epidémicas. No comas ahumados; no te aguachas el estómago con aguas crudas ni cocidas, y no tomes licores. Si haces esto, y ejercicio moderado, pero continuo, no tengas miedo a una enfermedad que no ataca más que a los débiles; y en el momento en que sientas movimiento o ligereza en el vientre, cortar la diarrea con una copa de agua de Seltz con cinco o seis gotas de láudano líquido de Sidenham por la boca, y una lavativa de agua de arroz con diez a quince gotas por cada medio cuartillo. Dieta, y procura el andar a todo trance. Cortada la diarrea, el cólera no pasa al segundo período jamás. (58-59)



Y si los escritores ya fuera a través de la literatura, en correspondencia privada o incluso en sus ensayos tomaban posiciones con respecto a la ciencia y la medicina, la prensa católica no dejó tampoco de lado este tema, como el referido en *La ciencia cristiana* (“Sobre el cólera”) en el que tras revisar distintas opiniones médicas aludía al ácido fénico del Dr. Proust, aduciendo que era “grande exageración decir que no se conoce remedio alguno contra el cólera, porque la experiencia ha demostrado que con la aplicación de ciertos remedios se obtienen tantas curaciones de esta enfermedad como bastan para justificar la eficacia de estos remedios. Varios son los métodos curativos aplicados con más o menos éxito por los médicos modernos, y expuestos en las revistas y publicaciones profesionales” (381). Más sarcásticas serían las alusiones a esa falta de moralidad que tantas páginas llenaron de *La Ilustración Católica*; como comenta Riera: “Los tribunales austriacos han declarado atentatoria a la moral pública una de las recientes novelas de Emilio Zola, y han prohibido su traducción en el Imperio. Esa novela y todas andan traducidas en español y en ediciones baratas. Los alimentos sanos para el cuerpo están aquí muy caros, y en cambio los venenos para las almas abundantes y baratísimo. Con esta higiene ¿Qué miedo puede darnos el cólera?” (267). Pero la enfermedad, entre ellas la tuberculosis, fue además uno de los temas llenos de misterio y oscurantismo que bien supieron explotar los poetas románticos en su juego con la muerte. No fue el tema de la enfermedad ajeno a los poetas más tardíos, así en *Abrojos* (1887) escribía Rubén Darío:

No me importa lo que sea,  
alano, galgo o *bull-dog*;  
lo quiero para tener



un tierno y fiel queredor  
 que sonría con el rabo  
 cuando le acaricie yo;  
 para que me ofrezca todo  
 su perruno corazón,  
 y gruña a quien me amenace  
 y se alegre con mi voz;  
 y para, si me da el cólera  
 y huyen de mi alrededor  
 juntos parientes y amigos,  
 que nos quedemos los dos,  
 yo, cadáver, como huella  
 de una vida que pasó;  
 él lanzando tristemente  
 sus aullidos de dolor. (260)

Y si entre homeópatas y alópatas, habíamos dejado la pendencia, no hay que olvidar el enfrentamiento de la ciencia y la religión que no ayudó demasiado ni al desarrollo científico ni al examen de los cambios ideológicos que se vislumbraban. La literatura poco a poco fue ahondando en estos debates, no siendo baladí, por dar un ejemplo, la crítica de Pedro Antonio de Alarcón a ese alejamiento moral y religioso que identificaba en la ciencia:

Decía usted que lo trae a mi lado un conflicto de conciencia... Expóngamelo, y veamos si su propia historia nos pone en camino de llegar hasta el conocimiento de ese pobre Dios, cuyo santo nombre no se cae nunca de los labios de los llamados ateos, como si no pudieran hablar de otra cosa que de la desventura de tenerlo ofendido... ¡Por algo más que porque tengo sotana y manteo me habrá usted buscado, en lugar de ir a casa de un médico o de un jurisconsulto!... Y digo esto del médico, porque supongo que la conciencia figurará ya hoy también en los tratados de Anatomía. Conque hable usted de su conflicto. (200)

Voces las hubo que intentaron aunar los avances científicos y la fe, el progreso y la creencia en Dios (Valera “La doctrina” 1857-58). Aun así, los descubrimientos sobre el origen de las enfermedades derivados del positivismo científico del momento, como comenta Stannard, contribuyeron, no obstante, de forma decisiva durante la década de los 80 en Madrid a que la figura del médico gozara de un mayor reconocimiento social (“Maximiliano” 98), Galdós desde la narrativa fue uno de los

que desde la idealización de sus personajes-médico creará una imagen positiva de la medicina. Una imagen que contrastaría décadas después con la aciaga visión de Andrés Hurtado sobre la medicina y, por lo tanto, la ciencia, cayendo del altar del positivismo y de la verdad científica a ese otro, el altar del escepticismo, precursor del sentir nihilista.



Ni que decir tiene que la prensa ilustrada jugó un papel decisivo en la vulgarización de la medicina y de la ciencia en general, con heraldos de la talla de Emilio Huelin. Los médicos formaron parte a su vez de esa literatura divulgativa y didáctica con la que intentaba concienciar a la sociedad. Si importantes fueron los viajes a las provincias de eminentes médicos pediatras como el mismo Tolosa Latour, Martínez Vargas, Aleu Riera o Benavente González, o la importancia ejercida desde finales del siglo XIX por el médico rural, como fuera el caso de Martínez Saldise, no lo fue menos la literatura didáctica de algunos de estos médicos, como es el caso de Tolosa Latour y sus cuentos publicados en la prensa periódica, o la transitoria importancia de la revista *La madre y el niño* (1883-1884) que él mismo dirigió; lo fue, asimismo, la revista *El niño* fundada y dirigida hasta 1876 por Carlos Frontaura, en la que colaborarían, entre otros, Manuel Ossorio y Bernard, o Antonio Trueba, sin olvidar a María del Pilar Sinués. La intención de Latour fue la de colaborar desde su propio lugar en la alta sociedad madrileña en la instrucción y concienciación social con la que inculcar el conocimiento necesario para el progreso. Lo hizo a través de *La madre y el niño* exponiendo en su primer número los “propósitos y esperanzas” de la misma:

El mal parecía irremediable poco tiempo ha. Había muchos amantes de la infancia, y no pocas personas dispuestas a seguir los preceptos de la ciencia obedeciendo los impulsos de su corazón, protegiendo los niños desvalidos en el hogar, en los asilos o en las calles, instruyendo la mujer ignorante, amparando la madre abandonada, socorriendo la infeliz que al perecer de miseria, veía con inauditos sufrimientos morir el fruto de sus entrañas... en una palabra, ejerciendo el más hermoso de los apostolados, todos palpaban los deplorables efectos de las preocupaciones, las perniciosas prácticas domésticas, las infinitas causas de mortalidad de los niños... pero poco o nada se hacía en favor de la sociedad de nuestros días, cuyo vigor futuro y cuya salud moral dependen de la educación, de la instrucción y la crianza de los pequeñuelos. [...] Sin impacencias de ningún género,





sin ofertas pomposas, ni rebuscados atractivos presentamos nuestra labor científica y literaria a los padres y a cuantos se interesen por los niños. No se trata de una novedad pasajera, ni de una agradable inutilidad, ni de ninguno de esos mil periódicos que nacen con preciosísimas formas a manera de objeto de moda; el fondo de doctrina que contengan estas columnas ha de ser sensato, juicioso y duradero. [...] Con todo lo dicho se comprende que ilustrará deleitando, corregirá instruyendo, defenderá demandando y combatirá conmoviendo, tomando por norma las santas máximas del Evangelio, ese eterno código, con el cual se ama, se enseña, se cree y se perdona, con un corazón siempre noble, constantemente generoso (1-2, Tomo I, enero, 1883)

De la misma índole fue la publicación de libros de viajes que aunaban la observación cabal de los sistemas médicos foráneos con el entretenimiento, ese *docere et delectare* del médico que tan bien supo llevar a la práctica Rodolfo del Castillo (1882). Médicos los hubo además que supieron, a la manera de los sellos benéficos, financiar proyectos médicos con los beneficios de su narrativa de viajes, como fue el caso del mismo Tolosa Latour. La literatura —ya fuera por su carácter didáctico, por el realismo narrativo peninsular que se empieza a consolidar en la década de los 70, o por tener, el cuento y la poesía, un singular aliado en la prensa periódica—, ocupó un eximio lugar en la instrucción tanto en zonas rurales como en las ciudades sobre los adelantos médicos y las prácticas que se irían imponiendo como saber cultural en las primeras décadas del siglo XX, y que tuvo en Bertrán Rubio uno de sus paladines más avezados. Combatir el saber popular establecido por la tradición fue una de las tareas más arduas en las que colaboraron los médicos de forma decisiva (Rodríguez). El Dr. Benavente asimismo contribuyó a esta lucha con artículos-casos verídicos sobre su experiencia médica en zonas rurales que publicó en la prensa:

No era humanamente posible ni justo exigir tanto de aquellas pobres mujeres; el señor cura párroco, por medio de pláticas dirigidas desde el altar mayor, en los días de misa de precepto, logró convencer a sus oyentes del error en que vivían, inculcando a las madres el deber y la obligación que tenían de velar por la salud de sus hijos en todo tiempo, amándolos como a sí mismas, como deben amarse los cristianos. Desde entonces dejó de oírse en el pueblo el inhumano aforismo *teta y gloria*, que condenaba a los niños de

pecho a la absoluta expectación en todas sus dolencias; borrarónse de la patología vulgar dos importantes enfermedades: el *asiento colado* y el *mal de ojo*; quedaron jubiladas por viejas y por falta de trabajo las profesoras especialistas encargadas de la curación de estos males, y se trataron y curaron algunos niños de pecho con la sencillez terapéutica correspondiente a su edad, combatiendo y corrigiendo a la vez las perniciosas costumbres y las prácticas rutinarias de sus negligentes madres. (3)



No ajenos a su tiempo, bien supieron ver los médicos el impacto que en la literatura y el arte estaba teniendo el positivismo y la ciencia experimental. A ello cabría mencionar que se beneficiaron además del hecho de que “en la clase media y en la burguesía, se forma poco a poco un nuevo público más enterado y capaz de interesarse por la antropología, la etnografía, la medicina, la biología” (Yvan Lissorgues). La transición hacia la instrucción popular fue lenta, y a través del siglo XIX evolucionó hasta alcanzar a finales de siglo una mejor relación entre la medicina y el conocimiento del paciente, la literatura tuvo su función divulgativa y de engarce entre esos dos universos: el ficcional y el social que otrora separados, empiezan a ser formas tangenciales:

habrá que insistir y que luchar con tenacidad, no para desterrar estas inofensivas supersticiones, sino para conseguir y disipar las viciosas costumbres, las modas perjudiciales y las perniciosas rutinas, tanto en el estado fisiológico como en el patológico, procurando demostrar al bello sexo que la negligencia y los desdenes en el cumplimiento de los preceptos higiénicos son mucho más aciagos que los martes, y más temibles que el número 13, y que no se puede andar sin peligro por este valle de lágrimas llevando el peso de las preocupaciones y los errores en la cabeza. (Dr. Benavente 3-4)

Enfermedades como la difteria, la tan temida gripe, la alferecía (enfermedad convulsiva infantil, muerte blanca o repentina), el el garrotillo, anginas gangrenosas,, o la enfermedad de crup, fueron caballo de batalla para los noveles pediatras, como el mismo Latour explicó en su *Cartilla higiénica* (1886). En el cuento “La Noche Buena de un médico” publicado en la colección *Niñerías* encontramos la recomendación de dar “flor de malva” a uno de los niños aquejado de tos. La flor de malva ya era uno de los ingredientes en la preparación de la llamada Pasta



de Regnaud (Durán, 249-250). En uno de los artículos de divulgación médica sobre la prevención e higiene de la difteria en el *Siglo médico*, leemos la siguiente recomendación de Federico Lletget mientras se esperaba la llegada del médico:

Si la enfermedad se presenta con fiebre a la que generalmente acompaña la sed, se emplearán las bebidas atemperantes y ligeramente acidulas, pero siempre templadas y en cortas cantidad mejor en nuestra opinión es la tisana o infusión de flor de malva con unas gotas de zumo de naranja, o el agua de limón azucarada. Este mismo líquido a mayor concentración sin azúcar o bien el clorato de potasa diluido en agua (una cucharada de las de café por cuartillo), servirá para que el enfermo haga gargarismos si su edad y condiciones de carácter lo hacen posible y si esto no se pudiese conseguir, se le darán toques en el sitio afecto con un pincel o un pequeño pedazo de esponja empapado en cualquiera de aquellos líquidos. (678)

Estas lacias palabras liminares, por un lado. Los nueve artículos que siguen demuestran desde múltiples perspectivas la importante relación en el mundo hispánico entre la literatura y la medicina, y abren asimismo nuevas vías de estudio en la relación existente entre el discurso científico-social y la literatura. Los escritores, fueran o no médicos, no vieron solo en la literatura una forma de instrucción, sino además una vía de inculcación ideológica.

Si antes aludíamos a la importancia concedida a la mejora sanitaria de los niños y de las madres, el estudio sobre *El ángel del hogar* (1859) versa sobre la importancia y trascendencia de la lactancia natural, concienciación y presión que ayudaría décadas después a la creación de instituciones como *La gota de leche* y al desarrollo de la infancia. La homeopatía es así estudiada a través del teatro posromántico en la figura de López Arcilla y de su obra *El médico de un monarca* (1851) en una década la de los 50 que vivió de forma acalorada los debates sobre las prácticas homeopáticas en España, siendo el teatro uno de los elementos de difusión e instrucción esenciales en la transmisión del saber médico. Michael Stannard nos demuestra a su vez la intención galdosiana de promover —a través de la idealización de los médicos que a partir de 1868 estuvieron influidos por el positivismo y el liberalismo— esa imagen eficiente y verdadera del saber médico. La eugenesia y el discurso médico serán asimismo ele-

mentos que penetren en la novela naturalista, como bien se expone en el análisis de *El médico de San Luis* (1860). La importancia de la frenología en el debate científico del siglo XIX –“reinará sin rival”, auspiciaba el *Siglo médico* (Nieto Serrano 339)– fue otro de los paradigmas de los que se nutrió la literatura, como Cuvardic nos enseña, no solo como difusora de estas prácticas pseudocientíficas, sino, y de ahí la valía de este trabajo, “como vehículo clave en su crítica y descrédito final”. La idea del entorno social y cultural mexicano como enfermedad es otra de las perspectivas que Bobadilla confiere a ese romanticismo mexicano en el que aparecerán representadas la tuberculosis, la neumonía, entre otras enfermedades. Desde una perspectiva afín al propósito de las drogas, Ai nos embarca en la relación de las sustancias con los escritores modernistas hispanoamericanos y su relación con la búsqueda de infinitas renovaciones como particularidad. En el estudio de la narrativa decimonónica no podía estar ausente el impacto del discurso científico en la configuración modernista de la patria; Zavala estudia de forma ejemplar “El hada negra” (1882) para demostrar la utilización programática del discurso médico, específicamente el concepto de la histeria, como sistema regulativo de “un importante sector del organismo nacional; el de las mujeres” en México. Pero si el discurso científico estuvo presente a lo largo y ancho del siglo XIX como queda demostrado en sus múltiples vertientes en estos trabajos, no fue menos su impacto en la literatura decadentista finisecular. Identificando en muchos casos la enfermedad con la conducta inmoral, Mitlich demuestra que los escritores decadentes mexicanos usaron la enfermedad y la locura “para expresar una sensibilidad y una postura ante la vida y el arte”.



## OBRAS CITADAS



- ALARCÓN, Pedro Antonio de. *El escándalo*. Edición de Ignacio Javier López, Madrid: Cátedra, 2013.
- BACHILLER ALONSO. “Revista literaria”, en *La Ilustración católica*. 31.01.1892.
- BAQUERO GOYANES, Mariano. *Prosistas españoles contemporáneos*. Madrid: Ediciones Rialp, 1956.
- BENAVENTE, Dr. “Teta y gloria”. *La Madre y el niño*. 01.01.1883, 2-4.
- BERNARD, M. Claude. *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Paris: Baillière, 1865.
- CASTILLO, Rodolfo del. *Apuntes de un viaje a Italia*. Córdoba: imp., lib. y litog. del Diario de Córdoba.
- CLARÍN, Leopoldo Alas. *Su único hijo*. Edición de Joan Oleza. Madrid: Cátedra, 2009.
- CRUXENT, C. *El cólera, la homeopatía y la alopatía: o sea, reglas higiénicas, profilácticas y curativas*. Cuba: Imprenta de la Real Sociedad Económica a cargo de Antonio Martínez, 1850.
- DARÍO, Rubén. *Libros poéticos completos*. Ricardo de la Fuente Ballesteros y Francisco Estévez (coords.). México: fondo de cultura económica, 2018.
- DURÁN, Francisco. *Bitácora médica del doctor Falcón: la medicina y la farmacia en el siglo XIX*. Madrid: Plaza y Valdés, 2000.
- El Diablo-Homeópata. Opúsculo Satírico para ridiculizar la homeopatía y los danzantes que la siguen. Primera Zurribanda*. Madrid: Imprenta del Col. de Sordo-Mudos y Ciegos, 1846.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Ildelfonso. *La apología de los ciegos o la Homeopato-manía: Historia-crítica-médica*. Madrid: Imprenta de don José Trujillo, 1851.
- FRAU, Ramón. *La homeopatía juzgada en el terreno de los hechos: lecciones dadas en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid*. Madrid: Impr. de los Sres. Delgrás, 1850.
- GARCÍA CADENA, Peregrín. “Una víctima del ideal”. En *La Ilustración Española y Americana*. 14.01.1873, 60-62.
- GONZÁLEZ VALDÉS, Laura Margarita; María de la C. Casanova Moreno, Joaquín Pérez Labrador. “Cólera: historia y actualidad”. *Revista de Ciencias Médicas*. Volumen 15, número 4, oct.-dic., 2011. scielo.sld.cu

- GUALBERTO AVILÉS, Juan. *Apreciaciones de los últimos esfuerzos hechos por los homeópatas de Madrid y de los resultados que han obtenido: Manifestación que hacen al buen sentido los médicos de Madrid que suscriben*. Madrid: Est. Tip. de T. Fortanet, 1865.
- HERNÁNDEZ Y ESPESO, Pío. *Consideraciones importantes sobre el cólera epidémico y demostración práctica de la superioridad de la homeopatía en el tratamiento de esta afección*. Madrid: Imprenta de Don José Trujillo, 1854.
- LISSORGUES, Yvan. “El Realismo. Arte y literatura, propuestas técnicas y estímulos ideológicos”. Universidad de Alicante: cervantesvirtual.com. [Versión original: En *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*. Víctor García de la Concha (dir.). Madrid: Espasa, 1998, 3-31]
- LLETGET, Federico. “Higiene de la difteria”. *El siglo médico*, tomo 35, número 1817, 21.10.1888, 676-679.
- NÚÑEZ, José. *Dos palabras en contestación à la carta que el Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. Joaquin de Hysern ha dirigido à los médicos homeópatas*. Madrid: R. Vicente y Lavajos, 1862).
- PELLICER, Tomás. *Impugnación á las distintas interpretaciones que ha hecho el doctor D. Joaquín Hysern de la doctrina hahnemanniana en los artículos publicados en La Reforma Médica*. Madrid: Imp. y Est. de M. Rivadeneira, 1868.
- RAPOU, A. *Lo que es la homeopatía, en contestación à las acusaciones inconsideradas de sus detractores*. Valladolid: Imp. de Garrido, 1860.
- RIERA, M. “Crónica Universal”, en *La Ilustración católica*. 15.08.1884, 266-267
- RODRÍGUEZ OCAÑA, E. y PERDIGUERO, E. “Science and social persuasion in the medicalization of childhood in 19th- and 20th-century Spain”. *História, Ciências, Saúde – Manguinho*. Vol. 13, número 2, Apr.-June 2006, 11-32.
- STANNARD, Michael W. “Maximiliano Rubín and the Context of Galdós’s Medical Knowledge”. *Anales Galdosianos*, Año 48, 2013, 97-111.
- . *Galdós and Medicine*. Oxford: Peter Lang, 2015.
- SANTERO, Tomás. *Examen crítico del sistema homeopático*. Madrid: Imprenta de la viuda de Jordán e Hijos, 1845.
- “Sobre el cólera”. En *Ciencia Cristiana*. Serie V, número 42, 30 Septiembre 1884, 379-284.
- TEJEDOR, Ciriaco. *De la regeneración física y moral de la especie humana por el triunfo de la homeopatía: discurso*





- leído en la Sociedad Hahnemanniana Matritense el día 10 de abril de 1866. Madrid: Est. Tip. de R. Vicente, 1866.
- TOLOSA LATOUR, Manuel. *Niñerías. La Noche Buena de un médico*. Madrid: Tipografía Hernández, 1897 [1889].
- . *Cartilla higiénica. Instrucciones populares para evitar la propagación y estragos de la Difteria, garrotillo, anginas gangrenosas, crup...* Madrid, Oficinas de la Sociedad Montera, 1886.
- . “Propósitos y esperanzas”. *La madre y el niño. Revista de higiene y educación*. Tomo I, enero 1883, 1-2.
- TORRES VILLANUEVA, Robustiano de. *Tratado homeopático teórico-práctico del cólera asiático: con documentos justificativos que prueban la grande superioridad de la homeopatía sobre los diferentes métodos empleados en su curación por la antigua escuela*. Madrid: imprenta de la viuda de Sanchiz e hijos, 1848.
- VALERA, Juan. “La doctrina del progreso (I, II, III)”. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1399-1434. [1857-58].
- ZORRILLA Y MORAL, José. *Cartas íntimas e inéditas*. Francisco Rodríguez Marín (ed.). Madrid: C. Bermejo Impresor, 1934.